

Bringas (1884) y *Fortunata y Jacinta* (1886–87) hizo el retrato y la crítica de la sociedad española de su tiempo. La lectura de los rusos Tolstoy y Dostoievsky y del inglés Dickens fue también parte de la formación literaria de los escritores hispanoamericanos.

3.1.2 El realismo y el naturalismo tardíos. Bases filosóficas. Estos movimientos llegaron a la literatura hispanoamericana con considerable atraso, cuando ya declinaban en Europa. La mezcla de dichas corrientes, con grados distintos de naturalismo según cada autor, prevaleció en la narrativa hasta bien entrado el siglo XX. Las bases filosóficas de estos movimientos literarios se encuentran en el positivismo, corriente del cientificismo iniciada en Francia por Auguste Comte (1798–1857); el determinismo* de Hippolyte Taine (1828–93), quien señaló la influencia decisiva que tienen la raza, el medio ambiente y el momento histórico sobre la sociedad y la cultura; y las teorías evolucionistas de Spencer y Darwin. Basadas en esas teorías, las obras de los autores hispanoamericanos se presentan como descripciones veraces y objetivas de regiones y ambientes sociales. Tanto los escritores realistas como los naturalistas se sentían impelidos a señalar los males que aquejaban a sus pueblos y a prescribir remedios para ellos. Sin embargo, aunque unos y otros buscaban conmovedor, persuadir y provocar un cambio social, la actitud y los procedimientos literarios diferían. El escritor realista preservaba la fe en la libertad de sus personajes y evitaba presentarlos como seres degradados. El naturalista, en cambio, se adhería a un determinismo más rígido que lo llevaba a crear una visión pesimista de la realidad, acentuando lo feo y lo repugnante, tanto en las situaciones como en la caracterización física y moral de sus personajes.¹

3.2 Autores representativos

3.2.1 La transición del romanticismo al realismo en Chile. Excelente expresión de la misma es la obra de Alberto Blest Gana (1830–1929), cuya novela *Martín Rivas* (1862) tiene, en efecto, características románticas. Esto puede verse en la conducta del protagonista y en el desenlace de la trama que revela el triunfo final del amor sobre las condiciones sociales. Al mismo tiempo, *Martín Rivas* es una novela costumbrista fuertemente influida por Balzac, donde el autor presenta la ciudad de Santiago y la sociedad chilena de 1850, recreando el lenguaje, y los hábitos de pensamiento y conducta de las distintas clases sociales. En las obras de sus últimos años, como *Los transplantados* (1904), novela que trata de los hispanoamericanos que viven en París, la crítica de costumbres se expresa con decidido realismo y muestra, incluso, algunos rasgos naturalistas. A partir de la década del 80, la narrativa realista en Chile tiene, entre sus figuras representativas, a Baldomero Lillo, quien describe con despiadada objetividad las penurias de los mineros en sus cuentos de *Sub-terra* (1904), y a Augusto D'Halmar (1882–1950), con su novela naturalista *Juana Lucero* (1902).

3.1 El crecimiento urbano y la nueva literatura

Durante los años comprendidos entre 1880 y 1910, la mayoría de los países hispanoamericanos experimentaron un acelerado crecimiento demográfico, especialmente en los centros urbanos, lo cual produjo profundos cambios sociales y culturales. El proceso inmigratorio y la expansión de las compañías y capitales extranjeros impulsaron decisivamente el desarrollo de esas sociedades. Al mismo tiempo, sin embargo, las nuevas fuerzas sociales —el proletariado urbano, la clase media y sus intelectuales progresistas— entraron en conflicto con una rígida estructura político-económica al servicio de la oligarquía terrateniente y de las empresas inversionistas. Así, como a mediados de siglo el desgranamiento de las guerras civiles había encontrado expresión en la obra de los escritores románticos, esta nueva realidad dinámica y conflictiva haría surgir la literatura realista* y naturalista en Hispanoamérica.²

3.1.1 Los modelos literarios. Estos eran, también como en la época anterior, predominantemente franceses: Balzac (1779–1850), con su vigoroso y fiel retrato de la burguesía en las novelas de la serie conocida como *La Comédie humaine*; Flaubert (1821–80), en su estudio minucioso y objetivo de los tipos humanos y el ambiente en *Madame Bovary* (1856) y *L'Education sentimentale* (1870); Zola (1840–1902), quien se caracterizó por presentar con crudo realismo la vida de las clases bajas en obras como *L'Assommoir* (1877), *Nana* (1880) y *Germinal* (1885). Esta última describe las luchas y las penurias de los trabajadores de las minas de carbón, tema que se encuentra luego en la obra del chileno Baldomero Lillo (1867–1923). El naturalismo de Zola, dirigido por su visión sociológica y su preocupación moral, tuvo una fuerte y duradera influencia sobre los escritores hispanoamericanos. Además de los citados, y de otros autores franceses como Stendhal, los Goncourt, Daudet, también les sirvieron de modelos algunos regionalistas españoles tales como José María de Pereda (1833–1906), Emilia Pardo Bazán (1851–1920) y Leopoldo Alas, "Clarín" (1852–1901), junto a Benito Pérez Galdós (1843–1920), el máximo representante del realismo español. Este último, en novelas como *Doña Perfecta* (1876), *La de*



Scott Fitzgerald
A writer should not
be the smartest
person in the room

3.2.2 La influencia de Zola en Argentina. Entre los discípulos de Zola se destaca Eugenio Cambaceres (1843–88), cuya novela, *Sin rumbo* (1885) describe conductas brutales y patológicas. Su crítica al progreso ya refleja, sin embargo, el escepticismo de la novela moderna. Otros representantes del género son Lucio V. López (1848–94), con *La gran aldea* (1884), obra de costumbres y crítica de la sociedad porteña, y José Miró, también conocido por el seudónimo de Julián Martel (1867–96), quien describió, en *La Bolsa* (1890), el ambiente de especulación y la crisis financiera de 1890 en el mercado de valores de Buenos Aires. La novela naturalista alcanzó su máxima expresión artística en Argentina con la obra de Manuel Gálvez (1882–1962), autor de *Nacha Regules* (1918), cuyo tema —el de la prostitución y sus víctimas— le sirve al autor para expresar ideales de reforma social.

3.2.3 Teatro realista y novela naturalista en Uruguay. En el teatro realista se distingue el uruguayo Florencio Sánchez (1875–1910), quien produjo y estrenó la mayoría de sus obras en Argentina. En *Mi hijo el doctor* (1903), *La gringa* (1904) y *Barranca abajo* (1905) Sánchez presentó con verismo pictórico y severidad crítica tipos humanos, ambientes y conflictos sociales de ese país a comienzos del siglo XX. La influencia del naturalismo en Uruguay puede observarse en Carlos Reyles (1868–1938), autor de *Beba* (1894), novela ilustrativa del determinismo biológico-social, donde critica tanto la barbarie del campo como la hipocresía y los convencionalismos burgueses del medio urbano.

3.2.4 El realismo en Perú. Junto a Clorinda Matto de Turner, considerada en el capítulo anterior y cuya obra ya indica la transición del romanticismo al realismo, este último movimiento está representado en Perú por Mercedes Cabello de Carbonera (1847–1909). Su novela *Blanca Sol* (1888), en la que trata de las aventuras y desventuras de una dama limeña de clase alta, es una aguda crítica a la sociedad peruana de su tiempo. Con su fuerte pintura de tipos humanos, ambientes y costumbres, esta autora documenta un período de la historia política nacional con un enfoque sociológico y moral.

3.2.5 Realismo costumbrista en Colombia. En Colombia, el máximo representante del realismo es Tomás Carrasquilla (1858–1940), cuyo arte narrativo se afirma en el paisaje, los tipos humanos, las costumbres y tradiciones de su tierra antioqueña en obras como *Frutos de mi tierra* (1896) y *La Marquesa de Yolombó* (1928). Otros autores, comparables a Carrasquilla por su regionalismo y por su empleo de la oralidad son: Samuel Velásquez, autor de *Al pie del Ruiz* (1898) y de *Madre* (1908), Eduardo Zuleta, con *Tierra virgen* (1897), y Francisco de Paula Rendón, con *Inocencia y Lenguas y corazones* (1907).

3.2.6 El realismo en México, precursor de la Novela de la Revolución. En México sobresalieron varios escritores realistas cuya obra precedió y, en alguna medida, fue precursora de la Novela de la Revolución: Emilio Rabasa (1856–1930), autor de la serie *Novelas mexicanas* (1887–88) a la que pertenece *La bola*, donde describió el caciquismo,* la política oportunista y la burocracia

corrompida del régimen de Porfirio Díaz; José López-Portillo y Rojas (1850–1923), quien denunció los vicios del caciquismo rural en *La parcela* (1898); y Federico Gamboa (1864–1939), autor de *Santa* (1903), con su pintura de escenas y personajes típicos de la sociedad mexicana, a quienes presentó como productos y víctimas del medio.

3.2.7 El naturalismo en Puerto Rico. Puerto Rico tuvo un ilustre representante del naturalismo en Manuel Zeno Gandía (1855–1930), autor de *La charca* (1895), donde describió la degradación física y moral de un pueblo sometido a la explotación y la violencia.

3.2.8 El realismo y el naturalismo, bases de la literatura regionalista. Estos autores sentaron las bases de la literatura regionalista de temática social que produjo, entre 1910 y 1941 novelas como las siguientes: *Los de abajo* (1915) de Mariano Azuela, testimonio de la lucha entre los distintos caudillos de la Revolución Mexicana; *Raza de bronce* (1919) de Alcides Arguedas, novela telúrica e indigenista; *La vorágine* (1924) de José Eustasio Rivera, con su evocación del mundo tropical americano y su denuncia de los abusos cometidos por las compañías explotadoras del caucho; *Don Segundo Sombra* (1926) de Ricardo Güiraldes, novela en la que se recrea el mito del gaucho; *Dona Bárbara* (1929) de Rómulo Gallegos, una representación del conflicto entre la civilización y la barbarie del cual Sarmiento había ofrecido una primera versión en *Facundo* (ver pp. 156–72); *Huasiplungo* (1934) de Jorge Icaza, obra que describe, acentuando los aspectos más crueles, la impotencia del indio despojado de sus tierras; *El indio* (1935) de Gregorio López y Fuentes, donde se muestra cómo el indígena mexicano ha sido sacrificado por los caudillos de la Revolución; y *El mundo es ancho y ajeno* (1941) de Ciro Alegría, de temática parecida a la de las dos últimas, que cuenta la tragedia de una pequeña comunidad indígena violentamente expulsada de sus tierras.

3.3 El modernismo. Coexistencia de estéticas opuestas.

Simultáneamente con el desarrollo del realismo y el naturalismo se produjo, hacia fines del siglo XIX, otro movimiento estéticamente opuesto y de expresión poética, más que narrativa, conocido como el modernismo. Las dos tendencias, que en Europa se habían dado en períodos históricos sucesivos, coexistieron en Hispanoamérica. Esto se explica, en parte, por el atraso con que se había introducido la primera de ellas. Mientras el realismo y el naturalismo reflejaban en la narrativa las condiciones político-sociales de la época, la poesía se apoyaba en otros principios estéticos. La nueva sensibilidad, con su preocupación por el estilo y su mayor apertura a la imaginación y la fantasía, tuvo, sin embargo, una influencia decisiva en la renovación de la prosa, primeramente en el cuento y, más adelante, en la profundización y el enriquecimiento estilístico

de la novela regionalista, en autores como José Eustasio Rivera y Ricardo Güiraldes, en cuyas obras confluyeron ambos movimientos.

3.3.1 Parnasianismo* y simbolismo.* El modernismo revitalizó y transformó los modos de expresión. Conservó, al mismo tiempo, preocupaciones y actitudes románticas, como el culto a la muerte y los sentimientos de descontento y melancolía. Los modernistas hispanoamericanos se inspiraron, principalmente, en dos escuelas de la nueva poesía francesa: el parnasianismo y el simbolismo. Entre los parnasianos de mayor influencia se encontraban Théophile Gautier (1811–72), el autor de *Émaux et camées*, con su anhelo de perfección en la forma, el lema de “el arte por el arte” y el gusto por los objetos decorativos del Oriente. Gautier influyó en los primeros modernistas, particularmente en José Martí (1853–95), Manuel Gutiérrez Nájera (1859–95) y Julián del Casal (1863–93), así como en Rubén Darío (1867–1916). Estos aprendieron de él el uso de palabras que sugerían colores, joyas o piedras preciosas. En el caso de Martí, la influencia parnasiana es evidente cuando declara que “el escritor ha de pintar”, y “las palabras han de ser brillantes como el oro, ligeras como el ala, sólidas como el mármol”. Otro importante parnasiano fue Charles Leconte de Lisle (1818–94) quien, en sus *Poèmes antiques* y *Poèmes barbares*, revivió los mitos griegos y las leyendas antiguas y medievales de los pueblos nórdicos de Europa. Este material erudito ejerció una gran atracción sobre Rubén Darío, quien incorporó algunos de sus temas, como el de “la espada de Argantir” y su versión del mito de Leda, en el poema “El cisne”. José María de Heredia (1842–1905), primo del poeta cubano y autor de *Les trophées*, fue también uno de los parnasianos que tuvo influencia sobre los hispanoamericanos, como puede observarse en Julián del Casal. Darío siguió, además, a Catulle Mendès (1841–1909) en la evocación de gnomos y hadas en cuentos como “El rubí” y “El velo de la reina Mab”.

Los modernistas adoptaron del parnasianismo el culto a la belleza, la inclinación hacia los temas históricos y la evocación de épocas pasadas. De los simbolistas aprendieron a valorar el sonido y el ritmo, siguiendo a Paul Verlaine (1844–96), quien prescribía: “de la musique avant toute chose”; a cultivar la metáfora con Stéphane Mallarmé (1842–98); a emplear las sinestesias* o correspondencias entre las sensaciones con Charles Baudelaire (1821–67) y Arthur Rimbaud (1854–91). La influencia de Verlaine, a través de su obra *Fêtes galantes*, es visible en el poema “El reino interior” de Rubén Darío, quien rindió un homenaje póstumo al venerado poeta en su “Responso a Verlaine”. En la narrativa, el interés por tiempos y tierras lejanas llevó a novelistas hacia la historia de España. Este es el caso del argentino Enrique Larreta (1875–1961), autor de *La gloria de Don Ramiro* (1908), novela donde evoca la época de Felipe II.

3.3.2 Otras influencias: Poe y D'Annunzio. Además de los autores ya citados, debe recordarse la influencia que Edgar Allan Poe (1809–49) tuvo en José Asunción Silva (1865–96), y el hecho de que Darío le hubiera consagrado un poema y escrito su semblanza literaria en el libro *Los raros* (1896). La narrativa

modernista tuvo también por modelo, en la última década del siglo, al italiano Gabriele D'Annunzio (1863–1938). Su prosa poética fue imitada en novelas como *Idolos rotos* (1901) del venezolano Manuel Díaz Rodríguez (1868–1927). Recordemos también que un libro de D'Annunzio, *Triunfo de la muerte*, acompañó al colombiano José Asunción Silva en el momento de suicidarse.

3.3.3 Americanismo* y mundonovismo.* A pesar de reflejar diversas fuentes literarias y artísticas europeas, el modernismo fue un fenómeno cultural auténticamente hispanoamericano, ya que el escritor modernista buscaba enriquecer sus propios medios expresivos y establecer pautas artísticas más elevadas dentro del ambiente cultural de Hispanoamérica. El americanismo fue parte del espíritu modernista, desde la obra de José Martí, el luchador y mártir de la independencia cubana, hasta Rodó, con su ensayo *Ariel* (1900), y Darío, con sus *Cantos de vida y esperanza* (1905). La etapa madura del movimiento, a la que se ha dado el nombre de mundonovismo, se caracterizó por obras de tema americano, en las que se exaltaban la naturaleza y la historia de Hispanoamérica y se expresaban ideas y preocupaciones acerca de su futuro. Este americanismo se tradujo en la revitalización del idioma español como lengua literaria, en el progreso realizado hacia la autonomía cultural y en un sentimiento renovado de solidaridad continental e hispánica.

3.4 Los primeros modernistas

El primer grupo de escritores modernistas tuvo como máximos representantes a Martí, Gutiérrez Nájera, del Casal, y Silva. La producción literaria de estos cuatro poetas y escritores, desaparecidos todos antes de 1896, se inició con anterioridad a la publicación de *Azul* (1888), el libro de Rubén Darío que aún recientemente se identificaba con el comienzo del modernismo. Verdad es que Darío le dio nombre al movimiento y que, desde 1896, fue su figura de mayor brillo y prestigio. No obstante, la crítica contemporánea ha corregido la tendencia a circunscribir el movimiento alrededor de la figura de Darío y ha señalado el aporte de los autores citados, así como su influencia sobre la obra del poeta nicaragüense.

3.4.1 José Martí. Martí fue el gran creador de la prosa modernista. Encontramos esta nueva prosa rítmica, plástica y musical en los cuentos de *La Edad de Oro* (1889), en ensayos, artículos y discursos. Innovador también en el verso, el autor se destacó por su poesía rica en imágenes pictóricas, cual puede verse en *Ismaelillo* (1882), y por poemas intimistas como los de sus *Versos sencillos* (1891). Martí asimiló las nuevas corrientes literarias francesas sin subordinarse a ellas. Su sentido del deber patriótico y sus preocupaciones de orden ético y social lo alejaron del esteticismo y lo impulsaron en sus últimos años a formas de expresión cada vez más austeras.

3.4.2 Manuel Gutiérrez Nájera. Con gracia natural de estilo y cierta inclinación al misticismo, Gutiérrez Nájera inició con sus *Cuentos frágiles* (1883)

una forma narrativa que anticipa, en alguna medida, los cuentos de Darío. Fue de los primeros en profesar especial devoción por los colores, mencionándolos con frecuencia en títulos como "Musa blanca", "El hada verde" y "Crónica color de rosa". Irónicamente, a pesar de su afrancesamiento, el poeta mexicano nunca viajó fuera de su propio país. Dice de él Max Henríquez Ureña: "¡Fue un parisiense que nunca estuvo en París!"

3.4.3 Julián del Casal. La obra de este poeta introspectivo y melancólico es ilustrativa de todos los aspectos característicos del modernismo. En ella encontramos el culto a la forma, la evocación de épocas remotas y de ambientes cortesanos, el exotismo y símbolos de belleza, como el cisne, y el empleo de palabras sugerentes de brillo y color. Estos rasgos se destacan en su segundo libro, *Nieve* (1892). Prevalcía en el poeta, sin embargo, una hipersensibilidad, una inquietud y angustia muy propias de su época, como se observa en poemas que expresan desencanto y pesimismo.

3.4.4 José Asunción Silva. Afín a Casal en temperamento, Silva fue un poeta angustiado cuya obsesión con la muerte se revela en composiciones tales como "Día de difuntos" y "Nocturno", su obra consagratoria. La musicalidad, la métrica y el ritmo novedosos del "Nocturno" fueron emulados por poetas tan distinguidos como Darío y el peruano José Santos Chocano (1875-1934).

3.5 La segunda generación modernista. Rubén Darío

La presencia de Rubén Darío abarcó, en verdad, ambos períodos del modernismo. Se dio a conocer con *Azul*, su primer libro, en 1888. A partir de 1896, con la publicación de *Prosas profanas*, y ya desaparecidos los cuatro autores más representativos de la generación literaria anterior, Darío se volvió la figura central del movimiento.

3.5.1 Influencia de Darío en los poetas rioplatenses. En Buenos Aires, donde permaneció desde 1893 hasta 1898, el nicaragüense estuvo rodeado por talentosos poetas sobre los cuales ejerció gran influencia. Tal es el caso de Leopoldo Lugones (1874-1938), cuya obra poética, especialmente la recogida en *Lunario sentimental* (1909), representa una aportación innovadora. Influido por ambos, el uruguayo Julio Herrera y Reissig (1875-1910) se identificó con las nuevas tendencias desde 1900, como se puede ver en sus ocho poemas reunidos bajo el título de *Las pascuas del tiempo*. El boliviano Ricardo Jaimes Freyre (1868-1933), quien vivió muchos años en Argentina, fue un activo y leal colaborador de Darío. Su libro *Castalia bárbara* (1897), cuyo título indica la influencia de Leconte de Lisle, lo muestra como un poeta de virtuosidad métrica y expresión exquisita.

3.5.2 Otros modernistas. Poesía y ensayo. Entre los modernistas deben también incluirse al peruano José Santos Chocano, conocido por su libro *Alma América*, quien adoptó las innovaciones métricas del movimiento, así

como algunos de sus símbolos y temas, y al mexicano Amado Nervo (1870-1919), autor de *La amada inmóvil*, poeta de inquietudes místicas, marcado por la angustia y el pesimismo finiseculares.

El modernismo tuvo en el uruguayo José Enrique Rodó (1871-1917) tanto un pensador de alto nivel intelectual y moral como un fino artífice de la prosa. De acuerdo con los ideales de este movimiento, la obra de Rodó expresó una aspiración hacia valores estéticos y morales superiores. Al mismo tiempo, con clara visión hispanoamericanista, criticó los excesos de afrancesamiento de algunos poetas modernistas, así como la exagerada admiración que los jóvenes universitarios de su época sentían por los Estados Unidos. Su ensayo *Ariel* (1900) reafirmó el valor de la herencia cultural común a los pueblos hispanoamericanos y fue, asimismo, un llamado a la solidaridad que tuvo eco en todo el mundo hispánico.

3.5.3 Superposición y mezcla de los tres movimientos literarios. El realismo, el naturalismo y el modernismo no sólo se superponen cronológicamente en Hispanoamérica, sino que a veces están presentes, en distintos grados, en un mismo autor a través de su obra. Darío tiene, por ejemplo, un cuento naturalista como "El fardo", y en Reyles se dan, junto al naturalismo, algunos rasgos modernistas. Estas tendencias, ya sea en sus manifestaciones más definidas como en combinaciones de distintos grados, sentaron las bases sobre las que se ha desarrollado la literatura hispanoamericana contemporánea.